

accesible á la comprension humana, sienten consolidarse sus bases y ensancharse sus horizontes, cuando el observador, elevando su mirada sobre el terreno estrecho de la observacion histórica y abandonando el terreno inseguro y fantástico de las concepciones *à priori*, se coloca en la grande idea de la redencion del género humano por Jesucristo, idea capital, síntesis completa y punto central del cristianismo como religion revelada y divina. Desde este punto de vista la historia universal se aclara, se explica y se concibe con relativa evidencia y facilidad; porque la redencion del hombre en Jesucristo y por Jesucristo, punto central del cristianismo, lo es igualmente de la historia humana.

Y no será difícil alcanzar la razon y la verdad de la afirmacion que antecede, si se tiene presente que la concepcion católica de la redencion se halla en íntima y estrecha relacion con la doble concepcion relativa al origen y al destino final del hombre. Las evoluciones históricas de la humanidad á través del espacio y del tiempo y hasta su existencia misma son inexplicables y en cierto modo inconcebibles sin la idea del origen del hombre y de su destino final. El movimiento sucesivo supone y exige un principio y un fin ú objeto, sin los cuales no es posible señalar la razon suficiente de las condiciones del movimiento, siendo como es evidente que las condiciones y vicisitudes del movimiento deben estar en relacion con la

naturaleza y condiciones de su principio y de su término. A la luz de esta verdad incontestable en buena lógica examinaremos despues algunas de las principales teorías sobre la filosofia de la historia. Lo que ahora debemos y queremos consignar es la vivísima luz que el cristianismo difunde sobre la historia universal por medio de sus elevadas y nobles ideas acerca del origen, la redencion y el destino final del hombre. Estas tres ideas de las cuales la una llama á la otra, constituyen por un lado la síntesis completa del cristianismo, y suministran á la vez á la filosofia de la historia la base mas racional, mas sólida, mas práctica y armónica con los hechos, mientras que el racionalismo, en sus diferentes formas, ó niega el destino final del hombre como individuo, ó prescinde de él, pudiendo decirse que anula al propio tiempo el destino social de la humanidad; porque esto y no otra cosa significan, en realidad, esa evolucion sempiterna del Absoluto, ese progreso indefinido, ese movimiento circular de la humanidad, frases sonoras que ocultan y disimulan el vacío y la nada que semejantes teorías encierran. Comparemos sino esas teorías desconsoladoras, estériles y frias con la concepcion cristiana.

Admite esta, por una parte, la ley del progreso en la humanidad colectiva; admite el desarrollo y trasformaciones sociales que se realizan y manifiestan en la sucesion de los siglos, como revelaciones mas ó menos aparentes, mas ó menos completas, de las dife-



rentes civilizaciones cuyo desenlace y período final sobre la tierra que habitamos á solo Dios es conocido, constituyendo uno de los secretos de su providencia omnisciente y omnipotente. Empero al lado de este destino final de las sociedades humanas mas ó menos oculto y reservado á nuestra vista, la concepcion cristiana señala y determina con toda fijeza el destino final del individuo, y lo que es mas importante para el hombre, nos enseña que este destino individual es independiente del social: en todo período, en todo lugar, en toda nacion, en todo clima, en toda civilizacion, el hombre individuo, la persona humana está destinada á la posesion de Dios, á una felicidad suprema y eterna despues de la muerte, siempre que durante la fugitiva vida presente obre el bien y practique la virtud. Ante los individuos como ante las naciones, Dios ha colocado el bien y el mal, la virtud y el vicio, la bendicion y la maldicion, la vida y la muerte, y si es cierto que levanta y abate á las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, no lo es menos que eleva hasta á sí despues de la muerte á todo hombre que en la vida presente ha obrado libremente el bien, y que le hace participante de su propia vida, de una felicidad suprema cuya estension, latitud y profundidad no es dado al hombre comprender, porque *ni el ojo vió, ni el oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le aman*. Preguntad al racionalismo, decid al panteismo que os señale el destino

final del hombre. Os hablarán de desarrollo armónico de las facultades del hombre; os hablarán de progreso indefinido de la humanidad; os hablarán de evolucion sucesiva de la vida del Absoluto; os hablarán de la humanidad que aspira á conocer, sentir y realizar lo divino como el objeto absoluto en la esfera de la libertad, es decir, que todos os darán alguna nocion, siquiera vaga y confusa, del destino final del hombre como parte ó elemento de la sociedad, del hombre como colectividad social. Pero decidles que os señalen el destino final del hombre como ser personal, como individuo inteligente y libre por sí mismo, y estad seguro de que no recibireis mas respuesta que el silencio, ó cuando mas algunas frases vagas é incoherentes sobre union íntima del hombre con lo divino, ó lo que es lo mismo, absorcion é identificacion del individuo con la sustancia divina, único ser real y sustancial. Inmenso es el vacío que sobre esta materia tan interesante y vital para el hombre dejan en pos de sí todas las teorías racionalistas que se refieren á la filosofia de la historia; y esta sola consideracion revela y demuestra suficientemente lo frágil de sus cimientos y la superioridad de la teoría cristiana.

Grande y viva, como es la luz que sobre la historia refleja y derrama la concepcion cristiana en orden al destino del hombre, son indudablemente mas brillantes los destellos que sobre la misma historia difunde la idea de la caida original y de la redencion de



la humanidad por Jesucristo. Ya hemos dicho que estas tres ideas fundamentales del cristianismo se enlazan estrechamente entre sí, se atraen, se llaman, se robustecen y se suponen recíprocamente. El dogma de la redencion supone el dogma de la caida; esta caida ó pecado original contiene la razon suficiente de la redencion, y la redencion y la caida original esplican á su vez el destino final del hombre.

Pero aparte de esta relacion interna entre estas tres ideas ó, mejor dicho, á causa de esa misma relacion, estas tres ideas, que son á la vez tres hechos, encierran los elementos esenciales de la verdadera filosofia de la historia. La redencion, como idea, resume y contiene las otras dos, la de la caida original y la del destino final del género humano, y por consiguiente es la concepcion fundamental, la idea-madre del cristianismo como religion. La misma redencion, como hecho histórico, sintetiza el mundo antiguo y el mundo moderno, constituye el punto céntrico de la historia universal, y esplica las grandes trasformaciones, vicisitudes y fases de la civilizacion como espresion externa y sensible de la ley histórica.

En efecto; la redencion como idea y como hecho, es la única que puede esplicar satisfactoriamente la historia antigua, haciéndonos ver en ella una preparacion por medio de la cual la Providencia divina agita, dirige y predispone la humanidad para su renovacion y restauracion en Cristo Verbo de Dios. La

historia antigua representa tambien la lucha del hombre contra la caida primitiva, contra el pecado original: es una demostracion práctica é histórica de la existencia y realidad de esa degeneracion ó caida primitiva, toda vez que á pesar de los grandes y nobles esfuerzos del hombre contra ella, esfuerzos representados por grandes filósofos, grandes legisladores, grandes sábios y conquistadores, así como por las civilizaciones varias que en la esfera del mundo aparecen sucesivamente durante aquel gran período, vemos no obstante al hombre próximo á sucumbir al aproximarse la redencion cristiana. Porque sabido es que la civilizacion greco-romana que habia recogido y desarrollado los elementos de las civilizaciones anteriores, era un sepulcro blanqueado lleno de infeccion y podredumbre, era un cadáver que llevaba en sus entrañas un principio inevitable de corrupcion y de muerte. En una palabra: la historia antigua representa el momento histórico de la humanidad, durante el cual esta es subyugada, herida, afeada, casi vencida y dominada por el mal en todas sus formas, como consecuencia y resultado de la caida original: es la lucha del hombre abandonado á sus propias fuerzas con el mal en todas sus manifestaciones; es la demostracion experimental de la impotencia de la razon humana para realizar por sí misma el bien completo, y principalmente para llegar á la posesion del Dios infinito, vivo y verdadero, cuyo presentimiento posee, y



cuya aspiracion se agita sordamente en el fondo de su conciencia. Así es que al aproximarse el gran momento histórico de la redencion, un grito inmenso de angustia á la vez que de esperanza salia de toda conciencia, de todo corazon y de todo pensamiento, y la humanidad toda parecia haberse convertido instintivamente en eco unánime de Platon cuando proclamaba la necesidad de una enseñanza divina para conocer la verdad. En la esfera religiosa, lo mismo que en la esfera científica, filosófica, social, política y moral, la sociedad antigua en resbaladiza pendiente colocada caminaba rápidamente hácia la muerte en sus últimos años, y no es fácil calcular lo que hubiera sido de aquella sociedad, qué giro hubiera tomado la historia y la civilizacion, á no haber aparecido sobre la tierra *el Verbo de Dios hecho carne lleno de gracia y de verdad*, para dar principio al gran período histórico-cristiano, que representa y espresa la gran revolucion operada en el seno de la humanidad por la redencion que trajo al mundo ese Verbo de Dios por quien todas las cosas fueron, y por quien todas debian ser restauradas: *instaurare omnia in Christo*.

Pero la plenitud de los tiempos estaba próxima: el Dios del poder, de la misericordia y de la justicia, que en los decretos inescrutables de su Providencia habia querido que el hombre conociera experimentalmente la debilidad é impotencia relativa en sus propias fuerzas para obrar el bien, aceleró el tiempo de la gran re-

dencion, y apareció sobre la tierra el Hombre-Dios. Y la humanidad, que se hallaba próxima á sucumbir oprimida bajo el peso de sus vicios y pasiones, de sus errores y extravíos, de sus luchas estériles, de su profunda y universal degradacion religiosa, social, política y moral, sintió correr por sus venas un fuego que mientras por un lado consumia y abrasaba los principios de corrupcion y de muerte que en su seno encerraba, vivificaba por otro sus miembros atrofiados, implantando en su corazon el gérmen fecundo de una nueva y superior vida. Desde aquel feliz momento, el hombre supo con certeza y seguridad de dónde venia y á dónde caminaba: reconoció y admiró la elevacion y magnificencia de su destino final, así como los medios mas eficaces, prácticos y sencillos para llegar á su posesion. Desde entonces, el espiritualismo divino tomó carta de naturaleza en la conciencia humana, y la idea sublime de un Dios espíritu, personal, viviente, anterior y superior al mundo, inteligencia infinita y bondad suma, arrojó de su presencia á la divinidad fraccionada, dispersa y envilecida, que la ciencia y la religion del mundo antiguo habian buscado y adorado en la piedra, en el astro y en el hombre. Y el espiritualismo humano reapareció otra vez sobre la tierra, para no desaparecer jamás de la conciencia cristiana; porque á la luz de la palabra del Verbo que restauraba y afirmaba el dogma del origen divino del primer hombre, y el dogma de la redencion por el Hijo de



Dios, y el dogma de la vida eterna y divina como destino señalado al hombre, la espiritualidad del alma humana, lo mismo que su dignidad, su libertad, su personalidad moral en la vida presente y en la futura pasaron á ser verdades encarnadas en el corazón de las sociedades humanas dotadas de alguna civilización, si quiera incompleta.

Empero la revelación mas admirable y magnífica del cristianismo, considerado en el orden puramente humano y abstracción hecha de su fase sobrenatural y divina, es, á no dudarlo, ese gran fenómeno histórico-social que conocemos bajo el nombre de *civilización cristiana*; de esa civilización que llena y ennoblece al mundo moderno, que le coloca á una inmensa distancia y elevación sobre el mundo antiguo. La idea de la libertad y de la dignidad humana, sancionada por la sangre de los mártires al enrojecer la arena del Coliseo, la concepción de la fraternidad universal y el espíritu de caridad, de sacrificio y de amor, ideas capitales que constituyen el fondo del cristianismo, constituyen á la vez el germen fecundo y el fondo real de esa civilización cristiana, que viene desenvolviéndose magestuosamente á través de los siglos: son el origen de esa vida inextinguible, enérgica, vigorosa que se revela en la civilización cristiana: son la razón suficiente de esa poderosa fuerza de expansión con que tiende á difundirse por todos los climas y asimilarse todos los pueblos. Lo confesamos con toda sinceridad:

el espectáculo de la civilización cristiana con su evolución progresiva y ascendente bajo todos los puntos de vista, con su vitalidad inagotable, con sus grandes caracteres que tanto la separan y elevan sobre todas las civilizaciones antiguas ó modernas que se hallan fuera de su órbita, constituye para nosotros una de las demostraciones mas irrefragables, mas concluyentes y mas filosóficas de la divinidad del cristianismo.

En conclusión: la aparición del cristianismo sobre la tierra representa y encierra el punto céntrico de la historia, y reasume, por consiguiente, la ley histórica, como primera derivación, como revelación inmediata de la relación entre la acción divina y la libertad humana, elementos y factores principales de la historia universal. Situado el observador en este gran momento histórico, descubre á su izquierda el gran período de preparación representado por los imperios y civilizaciones del mundo antiguo, lucha gigantesca entre el bien y el mal, durante la cual el último tiende á absorber al primero y parece próximo á la victoria: á la derecha descubre la gran transformación operada en el género humano después de Jesucristo y por la virtud de su palabra que depositó en el seno de esa humanidad los gérmenes fecundos de lo que llamamos civilización cristiana, gérmenes que vienen desarrollándose con sorprendente vigor y energía, y cuya vitalidad parece indefinida é inagotable.

Considerada la historia universal desde este punto



de vista tan elevado como filosófico, tiene por objeto y resultado demostrar la impotencia relativa de la razon humana para prevalecer sobre el mal en sus varias formas, así como tambien para constituir una civilizacion permanente y completa, especialmente en el órden moral y religioso; y consiguientemente, la necesidad y la eficacia práctica de un elemento superior y divino que trasformando, desenvolviendo y vigorizando la razon, la haga capaz de producir, desarrollar y conservar una civilizacion superior y digna de este nombre, cual es la civilizacion cristiana. El periodo histórico anterior á Jesucristo, representa la primera fase de esta verdad: el periodo posterior ó cristiano, representa la segunda. Este doble objeto universal y providencial de la historia, en perfecta consonancia, por otra parte, con el contenido de esta, tiene la ventaja de subordinar á la idea de *preparacion*, en el sentido explicado, todas las civilizaciones antiguas, sin incurrir en el defecto de Bossuet al hacer caso omiso de los imperios y civilizaciones del Asia central, y contiene al propio tiempo la razon suficiente de la marcha, vicisitudes, imperfección y esterilidad relativa de las civilizaciones contemporáneas que se mueven y marchan fuera de la órbita cristiana; porque las primeras, lo mismo que las segundas, concurren á demostrar la impotencia y la esterilidad de la razon humana para producir, conservar y desenvolver en marcha progresiva, perseverante y ascendente una ci-

vilizacion relativamente perfecta, cual es indudablemente la cristiana, y la necesidad de un elemento divino, de una intervencion tan especial como amorosa del Omnipotente para llegar á este resultado. Abrigamos, por lo tanto, la conviccion de que la realizacion de este doble objeto en la historia y por la historia, levanta una punta del velo que cubre á nuestros ojos el plan íntegro y complejo de la Providencia divina con respecto al movimiento total histórico de la humanidad, pudiendo considerarse como una indicacion mas ó menos segura, como una revelacion parcial, como una fórmula ó ley intermedia que refleja en parte y se relaciona por uno de sus lados con la ley primitiva, *à priori*, fundamental y única de la historia, consistente, como hemos dicho muchas veces, en la relacion entre la accion ó voluntad divina, y la accion ó libertad humana, y que, por otro lado, ó sea por su lado inferior, se relaciona con las leyes que pudiéramos llamar secundarias y derivadas, cuales son las del progreso, de la espontaneidad y reflexion, de la justicia eterna con otras análogas.

Aquí debiéramos poner fin á este ligero trabajo, toda vez que ya dejamos consignado arriba que nuestro designio principal al emprenderlo fué precisamente demostrar que el cristianismo no rechaza la filosofia de la historia, y que esta es perfectamente compatible con la filosofia cristiana, designio que creemos haber realizado al trazar en las líneas que preceden